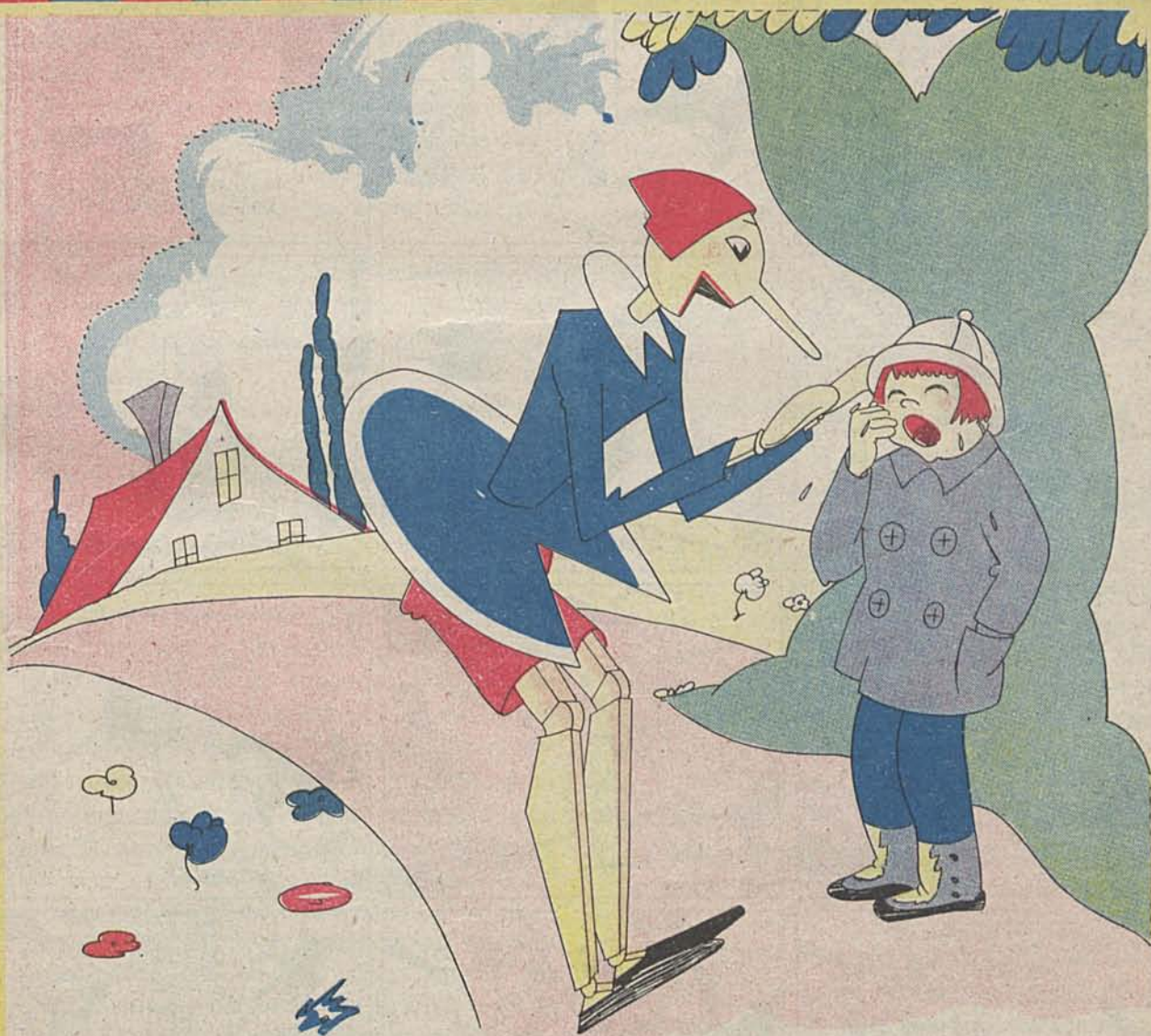


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 261

25 cts

16 FEBRERO  
1930



- PERO HOMBRE, ¿POR QUÉ LLORAS ASÍ?  
- .... PORQUE NO PUEDO DE OTRA MANERA.



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANELLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

malvados y persiguiéndoles hasta los cañaverales. Todavía, impresionado y con el fin de evitar a mis leales

chinos el riesgo de un nuevo asalto más que probable, me resolví a impetrar la ayuda de la autoridad militar de King-Chen. Usted sabe cuán oportuna ha sido su intervención para usted mismo y para mí...

»Al llegar a este punto, noté en el exteniente un instante de vacilación; parecíame que no sabía si hablar o si callar. Yo le miré interrogativamente.

»—Dispéñeme—declaró con acento de angustia—pero me asalta una duda terrible... ¿Y si usted fuera de la banda? ¿Si me hubiera engañado? ¿Si la carta fuera apócrifa? ¿Si...?

»—Ni una palabra más, señor Larouchy—le atajé con arrogancia, no estimándome, con todo, ofendido por aquella duda, bien natural y legítima en un hombre contra quien se habían ensayado aquellos días las venganzas y la codicia de sus antiguos cómplices—Pidame usted la prueba que juzgue más conveniente para poderse asegurar de mi persona, mi condición y mi honradez como de la veracidad de cuanto le he manifestado. Sea aquélla la que fuere, podré suministrarla. El *ti-pao* de Cing-tu me conoce; diríjase a él. He de advertir a usted, sin embargo, que mi palabra de caballero no ha sido puesta jamás en duda por nadie, ni aun por quienes apenas me conocían. El acento de la sinceridad es demasiado claro y vibrante, cuando no es fingido.

»El enfermo quedó confuso; balbuceó algunas frases de excusa sin atreverse a alzar sus ojos hasta los míos.

»—¡Perdóneme usted! He sido engañado una vez ya, y... ¡perdóneme, se le ruega!

»Después me despidió:

»—Estoy cansado, deshecho... Necesito reposo, reflexión... Continuaremos nuestro coloquio mañana, si usted no lo lleva a mal.

»Hizo ademán de tenderme la mano; pero de pronto la retiró, temiendo, presumo, que yo me negara a estrechársela. Pero yo le ofrecí cordialmente la mía, y apreté por espacio de unos momentos entre la palma y los dedos de mi diestra, la suya descarnada y sudorosa.

»—¡Gracias! —murmuró acercándose a mi oído, el enfermo, emocionado. No pudo decir más, porque un nuevo acceso de tos le acometió, violentamente.»

«26 de noviembre.

»Hoy, Kien-tsing no ha podido levantarse de la cama, y la alta calentura no le ha permitido recibirme.

»Yo he aprovechado la esplendidez del día para irme, con los oficiales, en busca del punto en que el paralelo 28° 17' corta Yang-Te-Kian. En espera de los documentos, he pescado allí magníficas truchas, las cuales han constituido el plato más delicioso de nuestra comida de esta noche.»

«27 de noviembre.

»Esta mañana, hacia las diez, Kien-tsing me ha hecho llamar y me ha recibido en su despacho.

Nada de chino en esta habitación. El escritorio, sólido y holgado, los estantes, las librerías atestadas de volúmenes, las carpetas llenas de registros, las butacas giratorias, son todos muebles americanos auténticos para cuarto de estudio, tallados en *pilch-pine*; el pavimento está cubierto por un tapiz mullido y en la amplia



ventana una cortina de seda cruda atenúa la luz implacable del sol tropical. Las paredes se ofrecen a la vista desnudas, blanqueadas con cal; sólo detrás del sillón en que me esperaba sentado el enfermo, vestido hoy con un traje europeo, hay un cuadrito que ostenta detrás del cristal la fotografía de una mujer joven y agradecida que tiene en las rodillas a una nena de dos o tres años. En la pared opuesta a aquella en que se abre la ventana, una caja de caudales en cuya negra y maciza puerta relucen las chapas doradas y el disco impenetrable de la cerradura. Habría uno jurado que se hallaba en el gabinete de trabajo de uno de nuestros grandes industriales parisinos.

»—Acomódese usted, señor Mandiguet—me dijo mi aposentador señalándome la silla puesta al lado del escritorio.

»—¿Conque...?—pregunté impaciente al ver que esperaba un poco para tomar la palabra.

»—Pues bien, he reflexionado que sería conveniente que ese señor Hodgsonfield viniera acá...

»—¿Hodgsonfield...? ¿Acá...?—le interrumpí.

»—¿No se encuentra en Calcuta? No es un viaje demasiado largo después de todo...

»—¿Y usted quiere que venga aquí...? Pero ¿para qué?

»—Sí; es mejor que venga. En su presencia, entregaré a usted el sobre custodiado en esa caja de caudales.

»Miré fijamente a Larouchy, no sé si con más compasión que desprecio; pero más bien que la desconfianza me pareció leer en su semblante una ansiedad, una angustia, una vergüenza que me hicieron adivinar la verdadera causa de aquella extraña e inesperada pretensión. Y entonces no tuve piedad. Me puse de pie, y apuntando con la mano derecha al escritorio y agitando la otra ante los ojos despavoridos de mi interlocutor, le grité:

»¡Pero diga usted, diga la verdad! Usted no quiere que sus papeles caigan en manos de la justicia mientras conserve usted la vida... No quiere usted asistir a la ruina que por sí mismo

se ha preparado; no quiere que la vergüenza, el deshonor recaigan sobre usted vivo, después de tantos años de impunidad. ¡Ah! Había usted calculado mal el tiempo que le quedaba de vida; y ahora se encuentra con que debe aguardar otro fin como resultado de sus remordimientos; y quiere usted aplazar la cosa! Ha sido usted malvado, pero ahora demuestra usted ser vil también. Al principio, le comprendía a usted y le compadecía; hoy le desprecio.

»Kien-tsing callaba, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos bajos. Había, pues, leído la verdad en su rostro devastado por el mal y por la angustia.

»—¿Y quiere usted—proseguí implacable—por un necio sentimiento de vanidad y de temor, después de haberse decidido a un acto tan noble y generoso que le haría en parte rescatar su pasado y le aseguraría la gratitud de un hijo infeliz y de un inocente que desde hace nueve años sufre injustamente por una culpa de usted y no suya; quiere usted, por una extrema e imperdonable vileza, retardar la devolución de la libertad y de la dicha al padre y al hijo que han sufrido de un modo indecible durante estos años que ha dejado usted correr en estériles remordimientos y arrepentimientos? ¡Ah! quiere usted esperar a estar muerto, para hacer conocer la verdad, cuando la justicia de los hombres no pueda ya condenarle, sino en espíritu, con la esperanza acaso de que su póstuma contrición pueda hallar gracia ante el tribunal de Dios, dado que crea usted en él! ¡Qué generosidad desinteresada y conmovedora!

»Mis palabras iban flagelando su espíritu medroso con inexorable crueldad. El pobrecillo parecía rebajarse aun más bajo el filo de mi sarcasmo y mi desprecio, circunstancia que aproveché para hostigarle todavía.

»¡Vamos, decídase usted! Déme en seguida los documentos que ha ofrecido al hijo del capitán D'Alimand; y después, si lo prefiere usted, huya, busque otro refugio, váyase a gozar en otro rincón ignorado del planeta la dulzura

*(Continuará en el próximo número)*



# ANITA

## BUEN-CORAZON





# LA ESTRELLA ERRANTE

(Continuación)

—¡Dos mil a que la lleva uno solo!

—¡Si el comandante no tiene el pelo negro, pago cinco mill

—¡Quinientos a que es rubio!

Las apuestas se sucedían sin tregua en un océano de gritos, de aclamaciones frenéticas. Hubiérase dicho que todo el mundo se había vuelto loco de repente.

El inspector Melville, figurándose que la aeronave iba a tomar tierra en el *Garden Square*, con un esfuerzo supremo hizo retroceder a la gente que intentaba invadir el espacio libre, ordenando a sus agentes que hicieran uso de sus porras para imponerse a los más impacientes.

Mientras tanto, la aeronave se aproximaba. Todos podían ya apreciar sus pormenores.

No se trataba de un globo ordinario. Era un huso enorme, de unos cincuenta metros de longitud, con varios órdenes de hélices a los costados, girando a una velocidad vertiginosa.

Cosa notable: no se veía la menor señal de humo. Por consiguiente, aquel artefacto misterioso no llevaba motores de gas o de esencia, como los utilizados poco antes por Santos, Severo y otros inventores más o menos afortunados de globos dirigibles.

LA ESTRELLA ERRANTE  
—pues sin duda se trataba de la novedad anunciada en los anuncios de procedencia misteriosa—, una vez sobre el parque, describió una elipse, para que todos pudieran examinarla

a placer, y seguidamente descendió hasta posarse en el espacio reservado por el clarividente inspector Melville.

La tripulaban dos hombres nada más: un blanco y un negro, que llevaba el timón. Sus dimensiones eran monstruosas. Estaba construída de seda montada sobre un bastidor.

Catorce hélices, todas de seda muy fuerte, se extendían a los costados de la nave, unas en sentido vertical y otras horizontalmente.

Un puente corría de popa a proa por encima, defendido por una balaustrada bastante alta para impedir las caídas.

El tripulante blanco subió al pequeño puente de

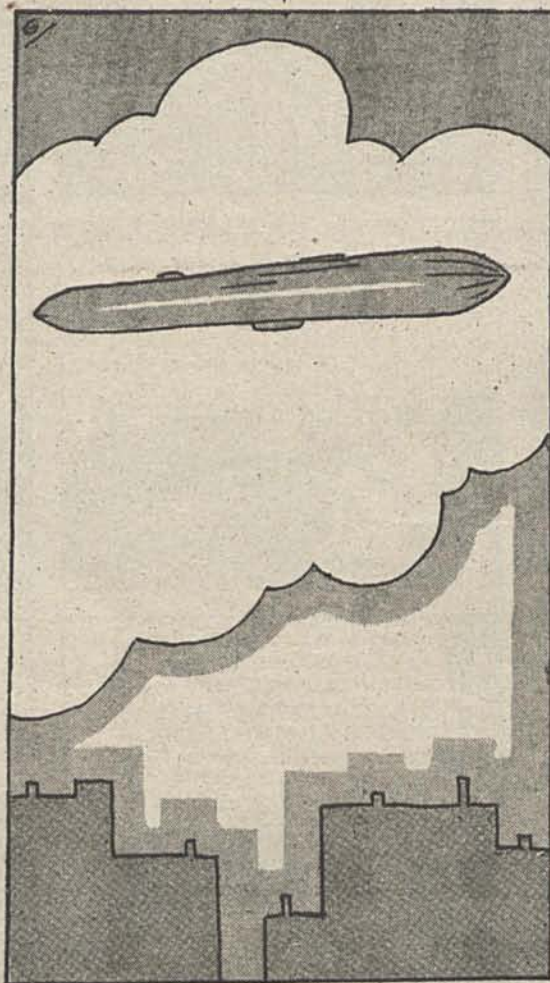
mando, en el que se distinguían tubos y válvulas que que debían de formar parte de alguna máquina misteriosa, escondida en el vientre del dirigible.

Era un hombre de veinticinco a treinta años, de pelo moreno y piel muy blanca, robusto aspecto y figura elegante, con ojos negrísimos y llenos de inteligencia.

Con un ademán reclamó un poco de silencio, sin poderlo lograr más que al cabo de algunos minutos. Entonces, con voz clara y potente, dijo:

—¡Ciudadanos de San Francisco! Yo me propongo emprender la travesía del Océano Pacífico con mi ESTRELLA ERRANTE, que no dudo en llamar la nave aérea más perfecta y segura construída hasta ahora en el mundo.

«Dispongo de cinco plazas,



Ayuntamiento de Madrid





que ofrezco a mis paisanos al precio que ellos mismos estipulen. Si el experimento resulta, como yo espero, fundaré una Compañía de Navegación aérea, que asegurará, mejor que los buques más veloces, una comunicación constante entre las costas de América y las de otros continentes.

»Quien quiera acompañarnos, que se adelante. A la una en punto, la ESTRELLA ERRANTE levantará su vuelo en dirección a Shanghai.»

El efecto producido por aquel discurso fué enorme. Cientos de manos se agitaban en el aire para abrirse paso, mientras la multitud lanzaba ensordecedores hurras.

El capitán del dirigible se había sentado tranquilamente en el puente de mando, y miraba impasible a los curiosos, como si fuera extraño a aquellas manifestaciones de entusiasmo.

Al cabo de más de media hora, unas cuarenta personas lograron llegar al espacio reservado. La mayoría eran jóvenes, pero había también varios viejos y hasta algunas señoras elegantísimas. Entre estos pretendientes entablóse al punto una subasta, en el curso de la cual se pujaban billetes y billetes de mil para disputarse aquellos cinco puestos que el aeronauta reservara a sus conciudadanos.

La victoria se decidió por cinco millonarios, que habían hecho subir el precio de los cinco pasajes nada menos que a ciento veinte mil dólares, suma indudablemente superior al coste de la nave aérea.

Dos de ellos eran propietarios de minas de oro; otros dos, riquísimos fabricantes de salazones, y el quinto uno de los más conocidos armadores

de los puertos del Pacífico, dueño de más de cincuenta barcos.

El capitán de la ESTRELLA ERRANTE los recibió cortésmente a bordo del dirigible, para que firmaran los cheques por la cifra total ofrecida; y luego, con voz firme y sonora, dió la señal de partida.

El negro, que le servía de ayudante, puso en marcha la máquina misteriosa; las hélices comenzaron a girar con velocidad extraordinaria, y la nave elevóse majestuosamente, describiendo un círculo en torno al parque.

Aquella máquina maravillosa funcionaba con una seguridad que asombraba a todos. Subía, bajaba, avanzaba en líneas curvas o quebradas, tan pronto se inclinaba como recuperaba el equilibrio.

Ningún globo hubiera podido competir con aquella ESTRELLA ERRANTE. El problema de la navegación aérea podía considerarse ya resuelto por completo.

El dirigible, después de evolucionar durante unos momentos sobre aquel mar de cabezas, se dirigió al puerto, pasando por encima de los buques, cargados asimismo de curiosos no menos entusiastas que aquellos que se hacinaban en el parque.

Los marineros, alineados en las vergas, saludaban a los aeronautas con hurras interminables, y las señoras agitaban sus pañuelos, mientras sus acompañantes se desgañitaban vitoreando y aplaudían hasta romperse las manos.

—Señores—dijo el comandante, volviéndose hacia los cinco millonarios, que parecían asustados de haber sido poco antes tan audaces.—Vamos a dejar las costas americanas para lanzarnos a través del Océano Pacífico, en derechura

(Continuad en el próximo número).



Ayuntamiento de Madrid





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## AMOR DE MADRE

Cashillo



N cierta desapacible noche de crudo invierno, y en humilde estancia perdida en la soledad de intrincada selva, lloraba amargamente una mujer, reclinada sobre la camita en que reposaba un niño, embargado por alta fiebre y agitado por respiración anhelosa.

La pobre madre contemplaba con sus ojos llorosos al tierno infante, que, presa de la terrible fiebre apenas si se fijaba en ella.

Y, cada vez que miraba al pequeñuelo, sus sollozos aumentaban y sus lágrimas corrían abundantemente.

¡Pobre niño! Estaba enfermito y se hallaba en peligro de muerte.

¡Pobre mujer! Temía perder a aquel niño, que era su hijo, la esperanza de su vida y gloria de su existencia.

De pronto se abrió la puerta de la habitación y entró en el cuarto un anciano tembloroso, que tomó asiento junto a la cabecera de la cama del niño.

La madre de éste miró con atención al recién venido y le preguntó con inquietud si podría esperar la salud de su hijo; el anciano contestó con signos equívocos.

¡Infeliz madre! Rendida por el cansancio, la fatiga y el sueño de tres días, pasados en constante vigilancia, se quedó ligeramente dormida; pero a los pocos momentos despertó sobresaltada, y no halló en la vivienda a nadie, ni al niño ni al viejo.

Su desesperación no tuvo límites.

Corrió desolada todas las habitaciones de la casa, buscando con mirada extraviada al hijo de sus entrañas y al viejo misterioso que penetró en la alcoba poco antes de quedarse postrada. No hallándolos por ninguna parte se lanzó al campo, gritando con acento desgarrador:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Una anciana, envuelta en oscura capa le salió al encuentro, y le dijo con rudeza:

—Es inútil que busques a tu hijo; la Muerte, que dentro de tu casa estaba en figura de anciano, se lo ha llevado y lo habrá hecho desaparecer para siempre.

—Quiero buscar a mi hijo, y lo he de encontrar, porque sin descanso correré hasta dar alcance a la traidora Muerte que

me lo ha arrebatado—prorrumpió la afligida madre—Indícame, señálame, por favor te lo pido, el camino que debo seguir.

—Voy a mostrarte la senda que has de recorrer; pero antes deberás repetirme las canciones que entonabas junto al lecho de tu hijo, cuando querías adormecer a la pobre criatura; soy la Noche, y te las he oído cantar muchas veces.

La desdichada madre intentó persuadir a la Noche con sus repetidas súplicas para que le significara la dirección que debía seguir sin pérdida de tiempo, a fin de hallar cuanto antes a su amado hijo; pero después de inútiles ruegos, que no conmovieron a la despiadada Noche, la infeliz mujer tuvo que ponerse a cantar una, dos, muchas coplas tristesísimas; y su voz, interrumpida por sollozos lastimeros y entrecortada por copiosas lágrimas, resonaba en la selva con melodía enteneecedora.

Cuando la infortunada madre concluyó sus cánticos, corrió presurosa por la vereda que le indicó la Noche; pero ¿adónde iría? La senda que llevaba la condujo a un enmarañado bosque.

Quiso avanzar por aquel terreno imponente, a pesar del pánico que le infundía la oscuridad; pero un espino le interrumpió el paso.

—Yo soy el invierno—dijo a la desconsolada madre—, y no te dejaré seguir, si antes no me das el calor de tu cuerpo.

Y la pobre mujer abrazó estrechamente al espino, y experimentó punzadas que la herían, y padeció dolores martirizantes, y sufrió crueles desgarraduras de su piel, y sintió que la sangre le corría por el pecho. Pero el espino floreció con el calor ardiente que aquella amorosa madre le había comunicado, y dijo a ésta:

—Sigue la dirección de tu mano derecha y encontrarás un río; si puedes vadearlo, llegarás al jardín de la Muerte, donde encontrarás a tu hijo.

La pobre madre, que no había reparado en peligros, anhelosa de encontrar al hijo querido que la Muerte le había arrebatado, corrió sin descanso hasta llegar al río, y no encontró sitio para pasarlo; quiso beber sus aguas hasta dejarlo seco, y, cuando comprendió que su intento era imposible de conseguir, lloró amargamente.

Observó entonces que en el río se formaba un remolino de







espuma que avanzaba hasta la orilla, y notó que de ese remolino exclamaba una voz:

—¡Oh, débil mujer! Si quieres que te lleve a la orilla opuesta, llora, llora hasta que tus ojos se salgan de sus órbitas y caigan sobre mis aguas, porque deseo poseerlos, y cuando los tenga en mi poder te pasaré al otro lado, donde se halla el jardín que buscas.

La madre lloró hasta que se le salieron los ojos, los cuales cayeron en el río, y quedaron convertidos en dos hermosos diamantes negros.

Inmediatamente el remolino de espuma, formando ondas, recogió a la infeliz ciega y la pasó al otro lado del río.

La mujer se dirigió a todo correr al jardín de la Muerte, y, cuando iba a penetrar en él, una anciana de cuerpo encorvado, de facciones enjutas y de escaso cabello blanco, la detuvo.

—Déjame pasar—dijo la apenada madre—: voy a buscar a mi hijo.

—No puedes entrar; y si entras, no le hallarás, porque está convertido en planta; y si lo hallas, no lo podrás ver, porque no tiene ojos.

—Déjame pasar, y dime cómo podré hallar a mi hijo.

Después de algunas vacilaciones, la anciana que guardaba el jardín de la Muerte dijo a la inconsolable madre:

—Soy la Soledad, y no puedo consentir que ningún ser humano interrumpa la quietud que hay en este destierro; pero, si me das tu negra cabellera, dejaré que pases adentro, y aun te diré cómo has de reconocer a tu hijo.

La ciega y extenuada madre dió sus cabellos a la Soledad, y penetró en el jardín después de saber que su hijo estaba convertido en mirto. Buscó por todas partes, y, atraída irresistiblemente por las emanaciones odoríferas de un pequeño arbusto, se dirigió hacia él, convencida de que aquel arbolillo era su hijo.

En el momento en que tocaba con mano temblorosa el



arrayán o mirto en que su hijo se había transformado, se presentó la Muerte, y preguntó a la dolorida madre:

—¿Qué es lo que buscas tú en este sitio?

—Quiero a mi hijo; dámelo para que yo pueda vivir.

—No sabes lo que pides, infeliz mujer—le dijo la Muerte—. ¿Crees acaso que yo arranco la vida a los seres por mi capricho y por mi gusto? No hago sino cumplir los

designios de Dios; y lo que Dios dispone es siempre lo mejor para los mortales.

La entristecida mujer no escuchaba ni oía razonamientos de ninguna clase; su afán era encontrar a su hijo, por quien tantos trabajos y penas había sufrido y sufriría sin exhalar la menor queja, y entre sollozos pre-rumpía con amargura:

—¡Dame, dame a mi hijo! Dios querrá concederme ese beneficio.

Entonces la Muerte le dijo:

—Toma tus ojos que he recogido del río donde cayeron; ahora están dotados de doble vista, pónelos y mira hacia el fondo del pozo que está próximo al mirto de tu hijo.

Y la madre, angustiada, tomó los ojos, se los puso en sus órbitas, y dirigió la mirada al fondo del pozo.

—¡Qué horror!—exclamó—; veo la imagen de la Desgracia; le rodean muchos males, sufre crueles martirios, penas le preceden, horrores le siguen. ¡No quiero ver más!

—Pues bien—le dijo la Muerte—; si tu hijo viviera, sería la personificación de esa Desgracia. ¿Quieres que Dios lo restituya a la vida para que sufra, padezca, llore y gima?

—¡Ay, no, no! Que se cumpla la voluntad de Dios.

La pobre madre quería ver a su hijo; pero ante la amenaza de verle sufrir siempre, ante el temor de que aquel pedazo de sus entrañas hubiese de ser desgraciado, lloró resignada y elevó a Dios sus oraciones.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Muy buenos días, mi querido Chonón.

Salud amigo y sabio buho.

—¿Tienes ya tema para nuestra charla de hoy?

—Sí; quiero que me digas cual es el arma más formidable que puede emplearse en un combate naval.

—Guerrero vienes hoy, Chononcito. Pero no importa. Mi deseo es siempre satisfacer tu curiosidad. El arma más terrible es sin duda alguna el torpedo. Y no solamente es terrible en el mar, sino en tierra también.

—¿Pero es que hay torpedos terrestres?

—¡Qué duda cabe! El torpedo es simplemente una bomba que encierra en sus entrañas una carga formidable capaz de producir los más insospechados destrozos.

—¿Una bomba dices? Yo creí que todas las bombas tenían forma redonda y los dibujos de torpedo que yo he visto no son así.

—Claro que no. El torpedo tiene la forma de un puro. Igual que los submarinos. Pero nada tiene que ver la forma para que deje de ser una bomba terrible.

—Háblame; háblame del torpedo.

—Antiguamente, los torpedos eran unos artefactos grandes de hierro, semejantes a boyas, en cuyo interior se encerraba gran cantidad de explosivo y metralla. Se colocaban en el mar, ocultos bajo la superficie, para lo cual se les anclaba al fondo con una cadena de longitud conveniente. Se escogía, para colocarlos, aquellos lugares por donde solían pasar los buques enemigos y si alguno de éstos tenía la desgracia de tropezar con un torpedo en su ruta sufría los desastrosos efectos de la formidable explosión.

—¿Y por qué reventaba el torpedo?

—Porque por su exterior estos torpedos están provistos de multitud de percutores que al sentir el choque del casco del buque que tropieza con ellos determinan la explosión de la bomba submarina.

—¿Y a ti no te parece que sería más frecuente no tropezar con ellos? El mar es muy grande y es muy difícil determinar con exactitud el lugar por donde precisamente ha de pasar un barco.

—Así es, en efecto. Y por esta causa eran muchos, muchísimos, los torpedos que, por no haber sido tropezados, quedaban sin explotar y en cambio ofrecían el peligro de que si se desprendía de la cadena a que estaban suje-

tos, quedaban navegando a la deriva y dispuestos para dejar reventar su mortífera carga al primer achuchón que les diesen. ¡Y a veces este achuchón se lo daba un barco del mismo bando que había colocado el torpedo,

—Pero dime, querido buho, eso de que me estás hablando ¿no son las llamadas minas submarinas?

—Así se las designa en el presente, pero antes, cuando empezaron a usarse se denominaban torpedos. Estos, hoy en día, no se contentan con esperar tranquilamente el paso de un navío, sino que van a buscarlo, a tropezar con él, y a producir en su casco una brecha que determina casi siempre el hundimiento del barco.

—Luego los torpedos navegan por el mar.

—Exactamente igual que los buques de vapor. Para esto van provistos de una maquinaria que los impulsa, haciendo girar una hélice. Antes de salir del navío agresor se les da una dirección determinada, de la que ya no se desvían, pues si tal ocurriera entrarían en acción unos contrapesos equilibrados que harían volver al torpedo a la dirección prevista.

—¿Y navegan sobre la superficie?

—Casi sobre ella, pero ocultos bajo el agua. Son enteramente igual por su manera de navegar y hasta por su forma a los submarinos.

—Con la diferencia de que no llevan a bordo ningún tripulante ¿no es eso?

—Así es. Son submarinos que se dirigen ciegos hacia el punto a donde se les ha encaminado. En la punta del torpedo hay un sistema percutor con un fulminante de mercurio que produce automáticamente la detonación de la carga explosiva del aparato tan pronto el torpedo choca con un obstáculo. ¡Y qué averías más desastrosas produce en los cascos!

—Dime, querido buho ¿no hay unas redes protectoras contra el ataque de los torpedos?

—Casi todos los barcos de guerra las llevan. Son unas tupidas y resistentes redes de malla de acero que cuando se echan al agua rodean al barco a una distancia de tres o cuatro metros y con este resguardo los torpedos hacen explosión en la red sin llegar a herir el casco. Pero es lo más terrible que muchas veces el torpedo va más bajo que el sitio resguardado por la red y entonces los efectos del ataque son inevitables. Tal ocurre con los torpedos lanzados por submarinos. Ya comprenderás que el precio de cada torpedo es elevadísimo y que es el proyectil más caro que se utiliza en la guerra.



## CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**CONCHITA PASTOR.**—Tu dibujo admirable saldrá en cuanto le llegue su turno. Me ha gustado sobre todo el espléndido sol. ¡Qué bien se debe de vivir en ese hotelito! Abrazos de Pirula y Anita.

**VICENTE MONARE.**—Queda demostrado con tu linda obra de arte que para ser un excelente marinista no hace falta vivir en puerto de mar. Basta tan solo con tener talento y maestría de artista en la mano ¿Verdad querido Vicentito? Tuyo incondicional.

**ALFONSO SOTO.**—¡Qué grandísima lástima que tu preciosa carabela no haya podido ver la luz pública allá por el año 1492. Digo esto porque si hubiese aparecido entonces la hubiese llevado Colón en su camarote con un magnífico marco. Está primorosamente pintada. Muchos abrazos.

**LUISITO HERNÁNDEZ.**—A ti y a todos los que no se curan del mal de enviarme dibujos a lápiz he de repetir una vez más lo mismo. Que para que puedan publicarse en mi revista los dibujos es indispensable que vengan hechos con tinta. No se te olvide. Anótalo ahora mismo en tu cuaderno de apuntes. Abrazos.

**LOLA SÁNCHEZ CARVAJOSA.**—¿Tienes cuaderno de notas? Pues saca el lápiz y apunta lo que acabo de decir anteriormente a Luisito Hernández.

**JESÚS ORCAZARÁN.**—Todos admirables. Todos irán a las columnas de mi revista. Apretados abrazos.

**LUIS C. OLAYA.**—Catorce dibujos con un solo cupón no puede ser, querido Luisito. Ten en cuenta que hay un montón así de grande de dibujos que están esperando turno para publicarse y que todos, absolutamente todos, han traído su cuponcito.

**NENÉ VÁZQUEZ.**—Tengo verdaderos deseos de ir a pasar una temporada a ese formidable castillo que tengo en Tetuán. Iré. Te lo prometo que iré. Muchos abrazos de Laura y de Pirula.

**CONSUELO RODRIGO.**—Admirablemente el dibujo y admirablemente la técnica del colorido. ¡Lástima que al tener que reproducirse en negro pierdan todo cuanto vale el color! Tuyo incondicional.

*Pinocha*



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Casa de Pinocho  
José M.



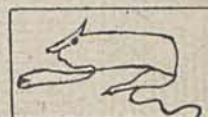
Una rana  
Francisco Moyano



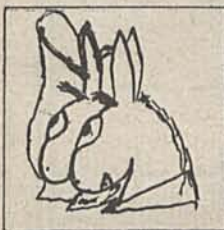
Retrato  
Santos J. Pinillos



Mi pueblo.—David Muñoz



Tururuchuncurrinchin  
Eduardo López Jordán



Dos simpáticos amigos  
L. Vernet Basnaldo



Velero.—Jesús Algarra



Una regata.—Rafael Melero



Un oso.—Salvador Geté



Mi tío Juan.—José Santos



Una holandesa  
Amparo Linares



El Cherif  
José Losada



Mi perro  
Victoria Tacón



Pirula  
Carmencita Villasante



Súffi  
M.ª I. Antón



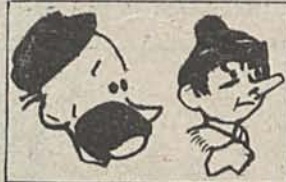
Caballo árabe  
Gabriel Alvarez



¿Quién es?  
B. Piquero, 8 años



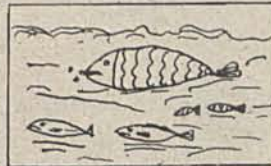
Un jabalí.—Un desconocido



Don Turu y Don Chonón  
Salvador Geté



Buque.—Gabriel Alvarez



El fondo del mar  
María Cabo



Colorín  
Pilar Guerrero  
8 años



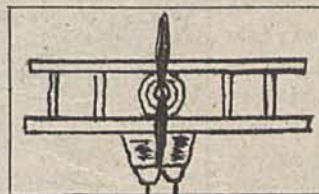
Goya  
Benito Novella



Mi padre  
Amadito Carreras



Castillo de Carlos III  
Santiago Velázquez, 7 años



El avión de Méndez  
Rafael Uribe



Ignacio Paullada  
Puerto Santa María (Cádiz)



Casa de campo.—Fernando Rubio



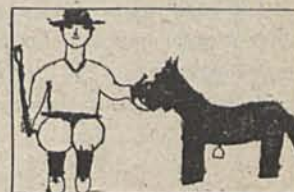
Javier Osés, 7 años



Pelucho.—Florita Gómez



Cara.—L. I.



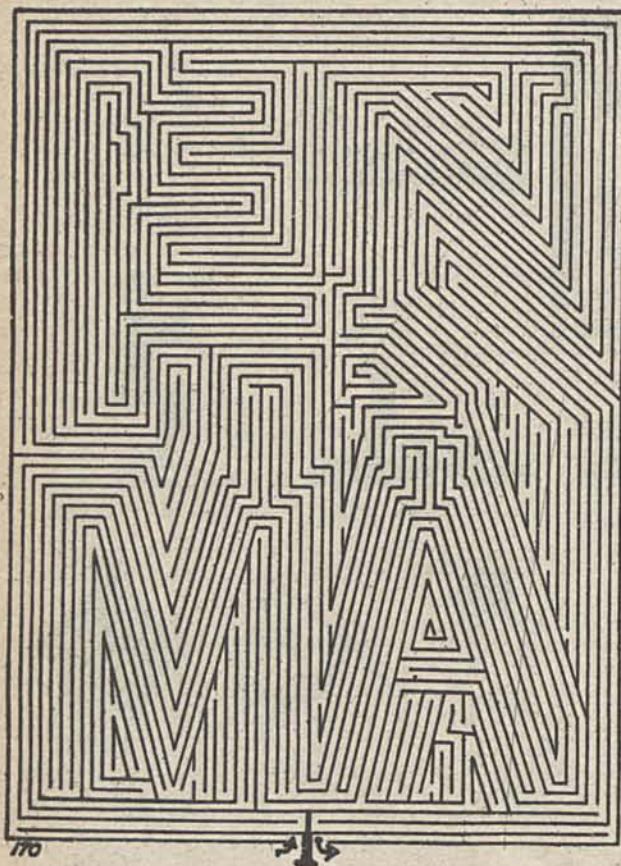
El intrépido jinete  
Arturo Guerrero



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

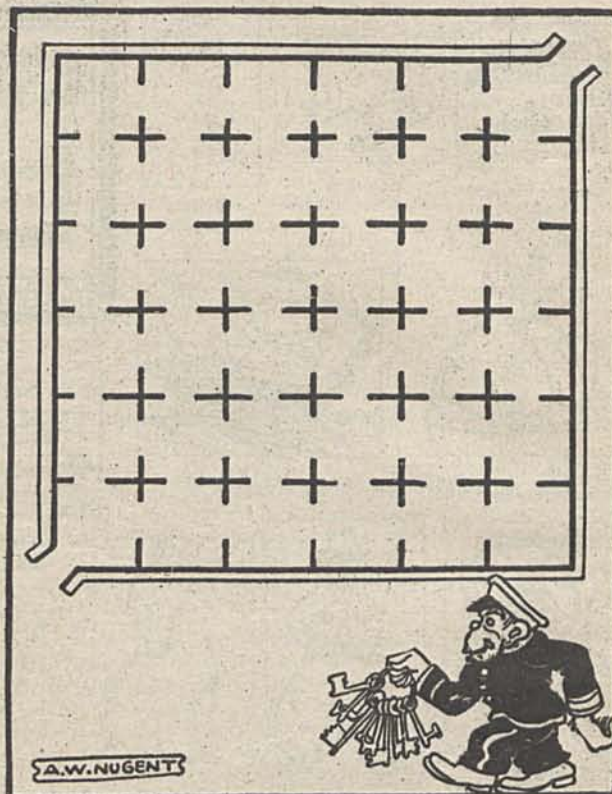
## EL LABERINTO SIBERIANO



Las flechas indican la entrada y salida. Intentad buscar el camino que las une, pero andad con cuidado no os vayáis a extraviar...

Este formidable llavero va a cerrar las celdas que véis en el dibujo, pero para ahorrar tiempo y andarlo menos posible, se ha creado un camino, siguiendo el cual no pasa dos veces por el mismo sitio y sin embargo recorre todas las celdas. ¿Podéis decir en qué habitación empieza, en cuál acaba y cuál es el camino que recorre?

## LAS CELDAS



## PERROS Y GALLOS

En esta granja hay un jaleo de mil diablos porque tres perritos y dos gallitos—¡qué animalitos!—están alborotando el cotarro con sus ladridos y con sus cantos, pero lo más notable del caso es que aunque se les oye alborotar no se les ve y esta es la causa de semejante actitud en los animales del dibujo... Creen, sin duda, que los ruidos que oyen son cosas de fantasmas, sin pensar que los fantasmas no existen nada más que en las imaginaciones de los tontos y de los neurasténicos.

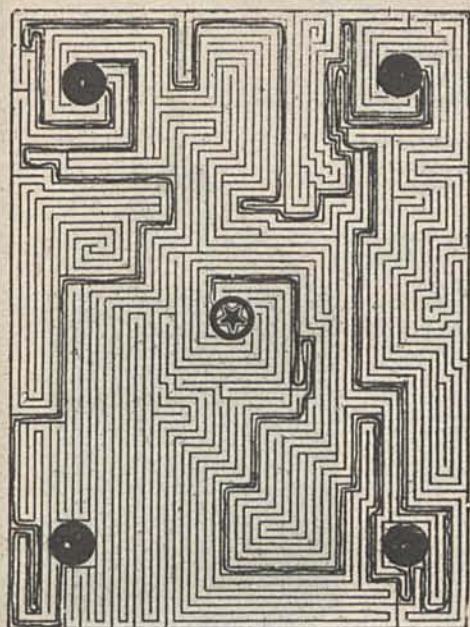
Como vosotros no creéis en fantasmas vais a intentar buscar a los cinco alborotadores en cuestión. No creo que tardaréis mucho en capturarlos. Adiós, pues. Hasta el domingo.





# SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

## EL LABERINTO CHINO



## LAS MONEDAS DIABÓLICAS

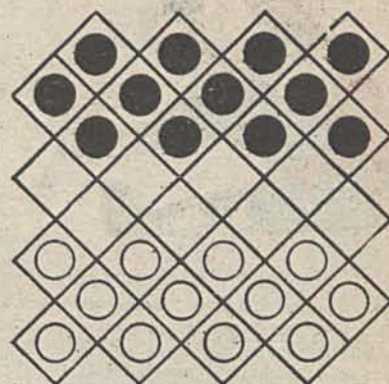
Solución:

- Del 12 al 3
- Del 7 al 4
- Del 10 al 6
- Del 8 al 1
- Del 9 al 5
- Del 11 al 2

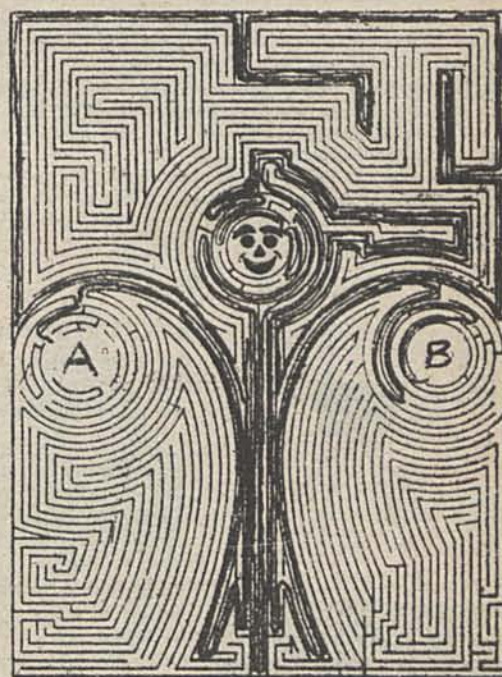
## EL ELEFANTE



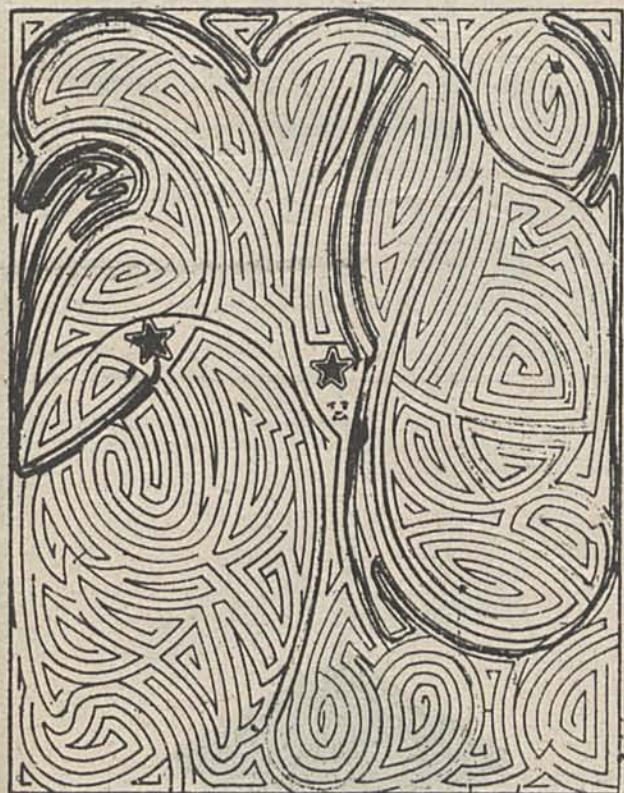
## EL JUEGO DE DAMAS



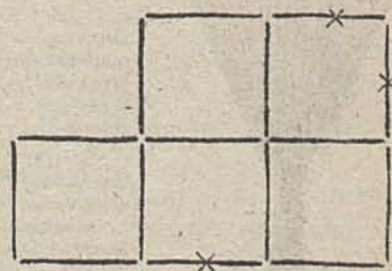
## EL CAMINO MALDITO



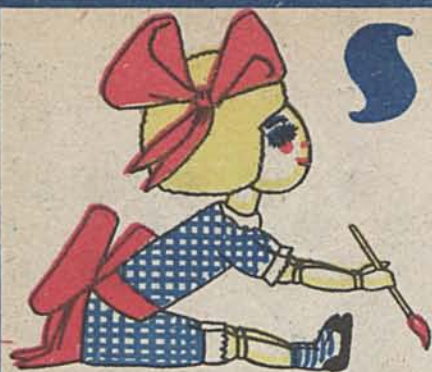
## EL LABERINTO JAPONÉS



## LAS CERILLAS







# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA PANTALLERA.—Con flecos.

¿Hacer una pantalla con tela? ¡Bah! Vaya un mérito. ¿Con papel? ¡Bah! Tampoco tiene importancia. Nosotras vamos a hacer una y dos y tres y cuatro, sin tela

ni papel; solamente con flecos. Bueno, claro que algo de tela sí habrá, pero muy poca y además no tendrá importancia ni casi se verá.

Lo principal son los flecos que pueden ser de cordoncillo, o de torzal o de lillan, en seda de color, o en oro o en plata.

El número 1 se compone de una armadura cuadrada, de latón, forrada de tela, una tela que lo mismo puede ser crepón o seda lavable estampada, que cretona florida, según lo que os guste... y tengáis a mano más fácilmente.

Los flecos, larguísimo, van unidos unos a otros, por sus extremos, formando un grueso borlón.

La segunda armadura se compone de dos conos pegados uno a otro; los flecos parten de la pegadura y caen sueltos.

En cambio en el número 3 los flecos—que serán trencillas estrechas—van colocados sobre la tela lisa que cubre la armadura, en forma de cono ancho; luego caen y, unidos por sus extremos, forman un segundo cono, sin tela ni armadura de ninguna clase.

Y la última pantalla es una especie de sombrerete de clown, del que cuelgan los flecos.

Lo de clown lo digo porque ya se acercan los Carnavales y va siendo hora de pensar en los disfraces; en ellos voy a pensar yo toda la semana y el domingo que viene os comunicaré lo que se me haya ocurrido.

## PIRULA REPOSTERA ECONÓMICA.—Una golosina "S. S."

¿Os gusta la nata? No me refiero a lo que llamamos «nata catalana» y los franceses llaman «chantilly», y que es la nata muy batida y azucarada, que se utiliza en muchos postres.

(Se utiliza en postres y casi, casi parece que se utiliza también en la construcción de las casas; no es verdad que muchas fachadas blancas con adornos de mampostería dan ganas de comerse, como si fueran de chantilly?)

Ahora me refiero sencillamente a la nata, tal como se forma en la leche; si os gusta... no leáis más adelante; la golosina cuya receta os voy a dar está indicada sobre todo para las Pirulindas que prefieren que les cuelen la leche que se beben sola o con café, porque no les gusta la nata.

Se trata precisamente de aprovechar esa nata inutilizada, para realizar una golosina digna cual ninguna de ostentar mi lema «S. S.», que quiere decir: Sencillo y Sabroso.

Para hacer esta golosina basta con juntar en un cacharro la nata con un

poco de azúcar y unas gotitas de café, y meterlo en el horno, hasta que se ponga en el punto de solidez que se quiera.

¡Y nada más! Esta operación es suficiente para obtener una pasta con color de café con leche, y sabor de pastillas de idem, esas pastillas que os gustan porque son riquísimas, y os divierten porque se pegan a los dientes cual si tuvieran sindetikon.

Solamente, si se quieren obtener varias pastas, que pueden servir para el té, en lugar de un solo trozo, conviene dividir la masa con la punta del cuchillo, antes de que se ponga completamente dura y curruscante, porque luego, al querer dividirla, se partiría en mil pedazos, o cuando menos en novecientos noventa y nueve.



## ANÉCDOTAS DE PIRULA

### :: El autor y el ricachón ::

Érase en el siglo pasado, un escritor francés muy famoso, autor de muchas comedias muy aplaudidas, y que se llamaba Scribe.

Cierto señor muy rico y vanidoso que era incapaz de escribir una mala comedia—y mucho menos, una buena—sentía grandes deseos de firmar como autor dramático, ante la gente, y para ello no se le ocurrió cosa mejor que escribir a Scribe, proponiéndole regalarle una fuerte suma de dinero con tal de que le autorizara a firmar a medias una de sus obras.

Al leer esta carta, Scribe se sintió ofendido en su orgullo por semejante atrevimiento. «¿Cómo puede suponer ese idiota—exclamó—que porque me dé dinero voy a consentir que uestros nombres figuren unidos al pie de una comedia mía?»

Y, lleno de indignación, contestó con estas palabras: «Muy señor mío—Sepa usted que no me parece oportuno enganchar juntos a un caballo con un burro.»

A vuelta de correo, recibió una carta en que su destinatario decía así: «Muy señor mío—Es usted muy dueño de rechazar mi proposición, pero no tiene usted derecho a llamarme caballo.»

